

—Mucho mejor, acudí con tiempo, y quizás mañana mismo podré usar de mis remos.

Pero dime, ¿ha quedado eso firme? ¿cómo te has compuesto?

—Cabalmente de eso venia tambien á hablaros.

—¡Qué! ¿habrás hecho alguna obra imperfecta? ¿No has tenido materiales?

—Escasillos han estado..... pero en fin, todas las tablas que me trajeron se han colocado, sin que quede una astilla. Clavados se hallan todos los clavos que me presentaron. El tablado ha sido puesto; no he podido hacer mas.

—Luis, espílicate, tus palabras me llenan de confusion; dices eso con un tono.... ¿Podria temerse alguna catástrofe?

—Tío Marcelo, voy á hablaros con franqueza lo que siento. Aunque novicio en el arte, hago bajo vuestra direccion mi aprendizaje, y de algo me ha de servir trabajar al lado de un maestro como vos. El tablado no ha quedado á mi satisfaccion. Hubiera querido mas clavos, mas maderaje, pedí y se me contestó que no habia tiempo para entretenerse en muchos requilorios; que no iba á sostener el templo de Salomon, ni la catedral, y que para cuatro músicos que tocasen la sinfonia, bastaba y sobraba con aquello. Callé, concluí mi obra y aqui me teneis.

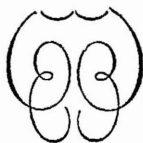
—Bien, hijo, bien, no será tuya la culpa si por algun acaso.....

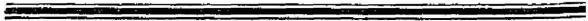
—Os diré: si no pasan de veinte las personas que hayan de subir, respondo de su firmeza; si cargan mas..... En fin, el tablado ha sido hecho; vuestra palabra no ha sufrido menoscabo y yo he alcanzado la mano de mi querida Antonia, ¿no es eso todo? Pues bien; ¡viva el tablado! ¡viva Don Felipe IV, pues á su proclamacion debo la felicidad que disfruto!

—Gracias, Luis, gracias, eres un hombre.

—Una cosa tengo que pedir. Hoy es dia de diversiones en Granada, Antonia querrá disfrutar de ellas, vuestro estado no os permite salir; toda vez que os sentis mejor, quisiera me concediéseis la gracia de acompañar á mi futura. ¿Qué respondeis....?

—Sí, hijos míos, id y que el cielo vaya con vosotros.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ERA la noche del 17 de mayo de 1621, víspera del día de la proclamación en Granada del rey Don Felipe IV. La plaza de Bib-Rambla, centro de las fiestas que se hicieran durante el día, relumbraba cual viva ascua, por el sin número de luces que aparecían en ella. El Zacatin y demás calles que desembocan en la plaza, vomitaban millares de personas, las que no pudiendo entrar con desembarazo por las que se les oponían queriendo salir, se formaban complicados nudos que daban lugar á blas-

femantes dicterios y á provocativos insultos, mezclados de doloridos ayes, por los que sufrían robustos pisotones ó desmesurados codazos. *Los Miradores* se hallaban magnificamente iluminados, como todas las ventanas de la plaza que ostentaban en ellas sus interesantes trajes y sus mas interesantes rostros las garridas y apuestas doncellas del poético Genil.

El sordo murmullo de la multitud circulaba por toda la plaza como lejano zumbido, dejando apenas percibir los armoniosos sonos de cuatro músicas, que colocadas sobre tablados en los ángulos de la plaza, marcaban la danza que algunas parejas de egipcios ejecutaban en el centro.

Un mozuelo y una jóven de modesto traje y asidos del brazo, pugnaban entre el gentío por ganar la puerta de Bib-Rambla, cansados sin duda de la bulla y confusion. Eran Luis el constructor del tablado, cerca del cual pasaba, y Antonia la hija del tío Marcelo, su futura.

—Vámonos, Antonia, decia el aprendiz, vámonos, no puedo mirar al tablado sin que se me ericen los cabellos.....Mira, mira, dijeron que solo para unas veinte personas... y... ves..?

—¡Ave María! bien habrá cuarenta.

Y era cierto, mas de cuarenta hombres, entre músicos y espectadores, ocupaban el tablado. No pudo éste resistir por mucho tiempo peso tan crecido, y apenas acababa Antonia de mirarlo santiguándose, cuando crugió el ar-

mazon, y vino á tierra con toda la gente que sostenia. Una exclamacion de angustia resonó entre la muchedumbre arremolinada en torno del lugar de la catástrofe. Á este grito de horror siguióse un desórden terrible. Todos se precipitaban sin saber la causa, y solo porque vieron correr, hácia la puerta cercana que era la de Bib-Rambla, buscando el peligro que no tenían donde se hallaban. No pudiendo la puerta dar salida de una vez á la multitud agolpada y oprimida ésta por los esfuerzos de los de atrás, se chocaban entre sí con espantosa furia, produciendo un impulso retroactivo semejante al reflujó de furiosa ola estrellada contra las rocas. En aquel espantoso desórden, vieron los rateros un medio de ejercer su oficio; y tanto se engolfaron en la rapiña, que despreciaban los simples pañuelos, escogiendo entre los collares y arracadas. El hilo de aquellos cedía á sus esfuerzos, pero no los pendientes; y llenos de ira al ver escapárseles de entre las manos parte de su presa, tomaron la sangrienta resolución de cortar las orejas que sostenian brillantes arracadas, como lo hicieron con algunas infelices. ¹ Desde aquella fatal noche la puerta de Bib-Rambla tomó el nombre de *Puerta de las Orejas*.

¹ Lafuente Alcántara, *El libro del viajero*. Gimenez-Serrano, *Manual del viajero*.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—YA estamos de vuelta, maestro, dijo Luis entrando con Antonia en la habitación de aquel.

—Y á Dios gracias, continuó la jóven; creí no volver á veros, padre.

—Yo tambien me ví ya destrozado por la gente.

—¿Pues qué ha pasado?

—Maestro, lo que me temí.

—¡Qué....! el tablado.....

—Ha venido á tierra con todos los músicos.

—¡Desgraciado! Si nos exigen la responsabilidad, ¿qué vá á ser de nosotros?

—¿Olvidais que exigí mas materiales, y que no se me dieron?

—Sí, pero y si á pesar de todo.....

—Descuidad, tio Marcelo, que no vendrán. ¿Para cuántas personas os pidieron el tablado?

—Para veinte, segun te dije.

—En ese caso hemos hecho un tablado para veinte y no para cuarenta, como estaban encima y es notorio. Con que fuera temores, y vamos á cenar, que quiero acompañaros para celebrar este lance que me pone en posesion de la que amo. ¡Viva mil veces Don Felipe IV!

El suceso del tablado trágico para algunas personas, no tuvo mas resultados para nuestros conocidos, que el pago de su trabajo y el enlace de Antonia y Luis que se verificó pocos dias despues.



El Padre Piquiñote.



Primera justicia en Granada.

Boletín de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

The logo of the Junta de Andalucía, featuring three curved lines of varying thicknesses that form an arch over a small triangle.

JUNTA DE ANDALUCÍA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ALGUNOS años después de la conquista de Granada verificada por los reyes Católicos el 2 de enero de 1492, impusieron á los moriscos mil obligaciones, tales como no permitir la veneracion de sus cultos libremente, ni menos el que sus mujeres fuesen con la faz cubierta. Unos se sometian con resignacion á estas leyes, y disgustados otros se marchaban á las Alpujarras, montuosos pueblos situados no lejos de Granada, donde podian á sus anchas ejercer sus costumbres.

Fueron tantos los descontentos que huyeron hácia las montañas, que unidos á los na-

turales de aquellos sitios, formaron una numerosa falanje, y concibieron el loco y temerario empeño de volver á recobrar su rica y adorada ciudad. Con este fin, promovian á cada paso pequeños alborotos y revueltas, prontamente apagados por las fuerzas castellanas.

Hácia este tiempo, dos moros que habian renegado de sus creencias, por seguir la religion católica, subian una tarde la escabrosa cuesta que conduce al *Monte Illipulitano*, llevando puestos sus trajes moriscos, pues la escasez de recursos no les habia permitido comprar ropas españolas, siendo ademas muy reciente su conversion.

No eran de Granada, procedian de Córdoba, cuya ciudad abandonaron para buscar trabajo en parte donde no los conocieran, y el acaso los condujo aqui, donde se ejercitaban en el oficio de carpinteros.

No habian sido aun descubiertas las reliquias que dieron á este monte el nombre de *Sacro*, y solo existia la pelada cúspide en que se hallaban las Cuevas. Pero ignorando éstos el santo recuerdo de los martirios alli sufridos, pararon muy poca la atencion en este recinto y se dispusieron á bajar; pues habiéndose entretenido demasiado en contemplar el sombrío panorama que se ofrecia á sus ojos, avanzaba la noche á pasos ajigantados.

Desgraciadamente equivocaron el camino, y cuando se apercibieron de ello era ya de

noche. Dando vueltas y mas vueltas, y ya subiendo y bajando cuestecillas, con la esperanza de llegar á sitio conocido, al doblar la esquina de una roca, vieron á lo lejos los trémulos rayos de una luz. Apresuraron su marcha creyendo encontrar alguna persona que les indicase el camino de la ciudad, y quedaron al llegar estáticos de asombro y de miedo, al ver la escena que ante su vista se presentaba.

En un oscuro recinto, rodeado de áridas rocas, se hallaba la entrada de una profunda y tenebrosa cueva. Una lámpara de hierro pendía del medio del arco. Á la boca de ella y sentado en una piedra blanca, se miraba un anciano, vestido con hábitos pardos, ceñidos á la cintura por un grueso cordon de cáñamo, y oculta la cabeza en una enorme capucha. De su rostro livido y descarnado y en el que unos ojos negros brillaban como encendidos carbones, pendía una barba que le pasaba del pecho.

Grande silencio reinaba en aquel sitio, turbado de vez en cuando por el continuo y monótono sonido de una gota de agua que saliendo de un manantial á corta distancia de la cueva, caía de lleno en la poza que habia formado debajo. Aquel ruido aumentaba el terror de semejante espectáculo.

Por un simultáneo movimiento, retrocedieron al punto los dos nuevos cristianos huyendo hácia el camino que allí los condujera, pero detuviéronse al oír la voz del solitario que gra-

ve y sonora les dijo: —Hermanos, ¿por qué huís de mí?

Avergonzaronse los cordobeses del miedo que habian sentido, y volviendo allí, se aproximaron no sin alguna repugnancia al estraño personaje.

Poco tiempo despues de la conquista de esta ciudad, se habia aparecido en ella un ente misterioso cuya procedencia ignoraban todos, y no se le veia sin cierta especie de terror. Durante el dia se estaba oculto, pero al toque de oraciones salia del lugar que escogiera para residir, vagaba por las calles pidiendo con agonizante voz una limosna que se apresuraba á dar el transeunte á quien se dirigiera, y apenas brillaba en el horizonte el lucero de la mañana, volvía á su morada, donde permanecia hasta la siguiente noche. Nadie se acercaba á hablarle; huían á su vista los vecinos del Albaicin, y era el pavor de los muchachos y comadres.

El *Padre Piquiñote*, pues así apellidó el vulgo á este hombre misterioso sin que hasta ahora se haya sabido el origen de este nombre, era el personaje que vieron nuestros cordobeses á la entrada de la cueva.

—Buenos moros, volvió á decir con trémula voz el solitario al ver que se acercaban, dad una limosna á este débil anciano, y vuestro Dios os lo premiará.

—Decidnos antes, pobre viejo, contestó uno de los árabes, ¿por dónde encontraremos el

camino de la ciudad? Somos extranjeros y nos hemos perdido á la bajada de ese monte.

—Yo os guiaré, respondió el padre Piquiñote levantándose y echando á andar apoyado en un largo báculo, seguidme.

Y ambos siguieron al padre.

Pero en el mismo momento sonó un penetrante silbido, y aparecieron en el recinto una veintena de moros con sus alfanjes desnudos, que precipitándose sobre los extranjeros y el guia, no tardaron en aprisionarlos, pues aquellos no opusieron la mas leve resistencia.

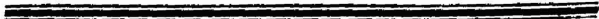
Ataron al padre Piquiñote al pico de una roca á pesar de las quejas que exhalaba. Sujetaron con gruesos cordeles las manos de los otros dos y cubriéronles los ojos con vendas de lienzo ajustándoselas fuertemente.

—Adelante, exclamó uno de los agresores.

Sintieron al instante los prisioneros una mano que asiéndolos del brazo, los condujo por multiplicadas revueltas, tropezando á cada paso por las sinuosidades del camino que atravesaban.

Un ligero murmullo como de muchas voces llegó á sus oídos al tiempo de bajar unos escalones, y no tardaron en percibir las distintamente.

—Quitadles las vendas, dijo el mismo acento que les mandara andar, y al momento se aflojaron los nudos, y los lienzos cayeron sobre sus hombros.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

UNA espaciosa caverna iluminada por quince antorchas que sostenían otros tantos musulmanes de fieros semblantes y las afiladas y relucientes hojas de gran número de gumias que empuñaban otros, de no menos torva catadura, fué lo primero que se presentó á la vista de los cordobeses. Casi todos los moros que allí se veían llevaban echada la capucha de sus blancos albornoces, y sus rostros iluminados por las rojizas luces de las humeantes teas, daban á aquella escena una apariencia siniestra é infernal.

—Paso, paso, exclamaron á este tiempo un sin número de voces. Hiciéronse á un lado algunos grupos, y penetró en aquel recinto un moro de atléticas formas. También llevaba blanco el albornoz, pero caida hácia atrás la capucha dejando descubierta enteramente la cabeza ceñida por un turbante blanco y azul. Cubría la parte inferior de su rostro larga y espesa barba negra, pero no tanto como sus grandes ojos que brillaban cual flamígeras centellas. Un ancho y desmesurado alfanje pendía con gran soltura de su airoso talle, sobre cuya empuñadura apoyaba con gracia la siniestra mano.

Absortos quedaron los estranjeros mirando aquel moro cuya faz no les era desconocida, pero sin acertar donde la habian visto, el cual marchó resueltamente hácia ellos.

—Alá sea con vosotros, dignos musulmanes, les dijo con grato y sonoro acento; la hora de la total derrota de la morisma no ha sonado aun, ni el cielo permitirá que suene. Si sois dignos secuaces de la ley de nuestro Profeta Mahoma, secundareis los designios que por nuestro medio quiere se cumplan. Este es el objeto con que hasta aqui se os ha conducido. Deponed el temor que hayais podido abrigar. No apresan las águilas á las inocentes tórtolas. Estad tranquilos como las flores en el desierto..... Oid lo que mi labio va á espresaros, y dueños sois despues de hacer lo que os plazca. Pero

de todos modos tened entendido, que ni aun vosotros mismos podreis hablar palabra alguna entre sí que revele la mas mínima especie de esta reunion..... Si tal hiciéreis..... ¡ay de vosotros...! ¡ay de vosotros, aun cuando buscáseis un asilo contra nuestra venganza en las escabrosas montañas del África! No se liberta la liebre de la caza del podenco, aunque se finja muerta entre matojos.

Mas asombrados aun con este discurso los cordobeses, no respondieron cosa alguna, permaneciendo con los ojos fijos en el rostro de aquel moro, que cuanto mas lo miraban, con mas ahinco querian recordar donde lo habian visto.

—Vuestra fisonomia me es estraña, prosiguió el moro, que segun todas las apariencias podia calificarse de jefe de aquella tenebrosa asociacion, ¿de dónde sois?

—De Córdoba, contestó uno de los interrogados.

—¿Á qué habeis venido á Granada?

—Á buscar trabajo.

—¿No lo teniais allí?

—Claro está.

—¿Qué oficio teneis?

—Carpinteros.

—¿Sois hermanos?

—Amigos desde la infancia.

Calló el interrogador; dirigió una majestuosa mirada sobre toda la asamblea, y viendo en-

tonces los puñales que algunos tenían en la mano, hizo una imperiosa seña, á la cual se en-
vainaron prontamente; y volviendo en seguida
á los prisioneros:

—Moros, les dijo, Granada, esa perla del
Oriente, ese jardin de encantos, semejante al
palacio de huries que tiene ofrecido el Pro-
feta á los buenos musulmanes, esa fuente de
cristalinas perlas, ese palacio de amores, ver-
gel de hechizos y centro de las auras misterio-
sas, ese huerto tapizado de mirtos y arrayanes,
cuyas cascadas torna la luna en otros tantos
rios de plata, esa gruta de los pensiles de Te-
salia, nos ha sido robada, ha caído en poder
de esos miserables cristianos, y los que antes
estaban orgullosos de poseer semejante joya,
miran con humildes ojos cual disfrutaban de sus
encantos sus nuevos señores. ¡Baldon! ¡pro-
bio eterno á ese miserable rey Boabdil, que
no supo á costa de su sangre toda defender
tan inestimable ciudad....! *Llora, llora cual co-
barde niño* (le dijo su madre), *ya que como
hombre no hiciste tu deber; pero era su madre....*
y merece disculpa. Un verdadero creyente le
hubiera atravesado el corazon diciéndole: *muere
cual infame rey, ya que te dejas arrebatat el bien y
la ventura de tus súbditos....* Pero vuelvo á repe-
tiros, la hora de la total pérdida de Granada no
ha sonado aun. Si un mal monarca supo per-
derla, un buen musulman sabrá conquistarla.
Y no achaqueis á temeridad lo que solo es obli-

gacion. Si, señores cristianos, mandais á nuestras hijas á que vayan con la faz descubierta, nos prohibis seguir nuestro culto precisándonos á convertirnos, faltando á lo pactado en Santafe para la entrega de la ciudad; no hay insulto que dejeis de prodigarnos, ni pasa dia sin que no nos maldigais creyendoos fuertes en vuestro número, y vivis tranquilos y confiados..... pero temed que el leon adormecido sacuda su melena. ¡Ay de vosotros, pobres niños, que porque veis la postracion de la hiena, os burlais de su impotencia! Llegará un dia en que su mas débil mugido os estremezca como la hoja del roble que agita el huracan. Etranjeros, yo soy el escogido por el Profeta para llevar á cabo la empresa de volver á la morisma su mas rica gala del imperio; soy quien conquistará á Granada ayudado de estos verdaderos creyentes que veis aqui. ¿Quereis secundar nuestros esfuerzos? Hablad, libres sois como el jilguero en el bosque. No se doblegue vuestra voluntad por el temor. Dejad hablar al alma, solo queremos un puro sentimiento. ¿No es verdad, musulmanes?

—Sí, si, contestaron á coro los conjurados.

—Hablad; esperamos vuestra respuesta.

—Ilustre jefe, respondió uno de los cordobeses, el asombro que nos ha causado cuanto hemos visto, nos ha impedido declarar el estado en que nos vemos. No nos hubieras hecho esa manifestacion si supieses.....

—Antes de todo, interrumpió algo admirado el que hablaba, decidnos vuestros nombres.

—En otro tiempo nos llamábamos Abd-el-Azid y Abul-Khatar.

—¿Y por qué decis en otro tiempo? ¿no llevais ahora ese mismo nombre?

—No, contestó tranquilamente el preguntado.

—Esplicaos.

—De esto iba á hablar. Hemos abjurado de nuestras creencias, y hoy nos llamamos Edmundo y Andrés.

Un terremoto que hubiera estremecido el pavimento desencajando las piedras de su sitio, no habria producido el asombro en la asamblea que aquellas palabras.

Pronto una viva agitacion sobrevino á aquel estupor, no tardando en suceder la cólera y esta en estallar. Volvieron á brillar las hojas de cien puñales, y un grito unánime resonó en la caverna.

—¡Mueran los renegados! exclamó aquella turba sanguinaria precipitándose hácia ellos.

—Alto, musulmanes, alto, gritó con terrible voz el jefe, interponiéndose entre los suyos y los extranjeros. Envainad esos puñales, yo lo mando. Si en cuanto acaba de pasar ha habido alguna imprudencia, mia es la culpa tan solo. Con el fin de engrosar nuestro partido, aprisionásteis esos moros al parecer, juzgándolos verdaderos, y yo en esa misma creencia

me he apresurado á iniciarlos en los secretos de nuestra asamblea. Ellos son inocentes, dejadlos en paz, nadie se atreva á proferir la mas ligera amenaza.

Todos los conjurados obedecieron al mandato de su jefe, á escepcion de un moro que adelantándose hácia aquel, dijo con resuelta voz:

—¿Ignoras que si dejamos con vida á estos malandrines, estaremos tan seguros como el elefante que se recuesta sobre el árbol segado por el pié?

—No se me oculta ese peligro; contestó tranquilamente el jefe; pero he prometido no causarles el menor daño, y mi palabra no ha faltado nunca como la ola en el mar. ; Desgraciados de ellos, si no olvidan cuanto aqui ha sucedido! Marchaos, extranjeros; no quiero que jureis el secreto, porque hombres que han renegado de su fe, fácilmente quebrantarían lo jurado; pero tened muy presentes mis palabras: *«No se libra la liebre de la caza del podenco, aunque se finja muerta entre matojos....»* Idos: y vosotros, prosiguió dirigiéndose á los que los condujeron, vendadles los ojos y llevadlos fuera.

Iban á cumplirse las órdenes del jefe, cuando el moro que se habia opuesto á la salvacion de los cordobeses, tiró del alfanje y se colocó á la entrada de la caverna.

—Si vosotros teneis en poco la vida, exclamó dirigiéndose á los moriscos, yo la aprecio

como nos lo manda el Profeta. De aqui no saldrán estos renegados mientras tenga un aliento de vida.

—¡Schir-Beckr! gritó pálido de furor el caudillo, acata mis órdenes; paso, paso franco.

—Firme se está el águila en los pinos á pesar de los gritos del cazador.

—Pero le alcanza el tiro de la ballesta; y diciendo esto precipitóse hácia Schir-Beckr. Trabose una encarnizada lucha entre ambos, que fué terminada por un grito de agonía. El morisco rebelde cayó atravesado por el alfanje de su jefe.

—Sacadlo y arrojadlo al barranco. Sirva su inmundo cuerpo de pasto á los gavilanes, dijo el vencedor, limpiando la sangre que manchaba su acero.

Cuatro conjurados levantaron el cuerpo del herido que aun respiraba y lo sacaron fuera de la caverna.

Los demas moriscos presenciaban en silencio estos sucesos, no atreviéndose á pestañear.

Á una seña imperiosa del caudillo, vendaron los ojos á los extranjeros, y tomándoles las manos, guiáronlos por donde vinieran, tardando medio cuarto de hora en mandarles parar. Volvieron á descubrirles los ojos y se hallaron á la boca de la cueva, en el mismo sitio en que fueron sorprendidos por los conspiradores musulmanes. El padre Piquiñote se encontraba atado á la roca donde lo dejaron, el cual les

dijo con plañidero acento, indicándoles el camino que habian de seguir para llegar á la ciudad:

—Huid, hijos míos, huid de este desierto tenebroso donde solo anidan buhos y gaviñanes.

No aguardaron los cordobeses á que les repitieran las señas, y pronto desaparecieron de aquel pavoroso sitio.



JUNTA DE ANDALUCÍA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EN un cuarto de una miserable casucha de la calle que hoy se nombra de *Maria la Miel*, estaban sentados tres hombres sobre una pobre tarima de madera. Todos llevaban trajes de moros, y dos de ellos fumaban en largas pipas de hueso. Una mesita blanca, sobre la que ardía una larga vela de sebo, al rededor de la cual se destacaban varias botellas y frascos, era todo el adorno de la habitación. Serían las nueve de una de las noches del otoño que ya principian á anunciar la prolongacion de sus sucesoras, y los tres hombres estaban silenciosos.

De tiempo en tiempo uno de ellos exhalaba leves quejidos, que iban siendo cada vez mayores, oprimiéndose con ambas manos el pecho que tenia fajado.

—¿Qué es eso? le preguntó al cabo de algun tiempo uno de los fumadores ¿sientes peor la herida?

—Los dolores son cada vez mas fuertes, me traspasan el sentido.

—Perfectamente, exclamó el compañero del de la pipa, la medicina hace su efecto. Pronto cesarán del todo, ánimo, amigo, ánimo.

—¿Tardaré mucho tiempo en restablecerme? preguntó el paciente con afan.

De esperar es que no: estás casi enteramente bueno, y dentro de tres dias podrás andar con seguridad.

—¡Gracias, gracias, queridos hermanos míos! pero no... sois mas que yo... ¿cómo quereis que os llame?

—Tú lo has dicho, llámanos siempre hermanos, y si quieres por nuestros nombres; á éste llama Andrés y á mí Edmundo.

—Pues bien, mis buenos amigos, ¡cuánto os debo! Toda mi sangre no basta á pagar el bien que he recibido de vosotros.

—¡Bah! contestó el que dijo llamarse Edmundo, no hemos hecho mas que lo que nuestra nueva religion nos manda: «Compadece y ama á tus enemigos.»

—¡Santa religion! digna de ser bendecida

y acatada por todo el universo....! Sí, yo quiero tambien ser cristiano. ¿Lo ois? Quiero en cuanto esté bueno abrazar esa preciosa doctrina á la que debo mi existencia. ¿Pensais que pasa un minuto, un segundo, sin que recuerde que hubiera muerto abandonado como un perro en el barranco donde me arrojaron y en la mas espantosa agonía, si la benéfica mano de unos hombres generosos, no me sacaran de aquel abismo y conducídomé á una casa en la que me cuidaron con el mayor esmero, como haria un hermano..... digo poco, como haria un padre con un hijo? ¿Y quién son estos hombres? ¿qué me deben? ¿qué he hecho para merecer su voluntad....? Sí, he hecho.... ¡triste de mí! quise asesinarlos, me opuse á las órdenes de un jefe que queria salvarlos, y recibí una herida por conseguir su muerte..... Y ellos en venganza.... me sacan de un precipicio, me curan por sus mismas manos la herida..... y me dan la existencia.... ¡Oh! bendita religion que tales doctrinas tienes! ¡Dichosos los cristianos una y mil veces!

Schir-Beckr, pues, era el mismo moro que en la caverna promovió el alboroto por insistir en la muerte de los cordobeses, quienes al dia siguiente á pesar de las palabras del padre Piquiñote, movidos del celo de la nueva religion que con tanto ardor habian abrazado, volvieron á aquel sitio á buscar el cadaver del que á su parecer habia muerto la noche ante-

rior, para darle sepultura; y hallándolo con vida lo condujeron á su casa, donde á fuerza de cuidados lograron ponerlo en el estado en que ahora lo vemos. Schir-Beckr, despues de haber recordado los beneficios de que era deudor á los nuevos católicos, quedó sumido en profunda reflexion.

La voz de Edmundo lo distrajo á pocos instantes.

—Schir-Beckr, le dijo, tú has escrito hoy mismo al presidente de la Chancilleria y con mucho misterio: ¿quieres esplicarnos el motivo que te impulsa á dar semejante paso?

—Dispensadme, amigos mios, que guarde silencio sobre ese punto, á menos que lo exigais, porque entonces nada os ocultaré; vuestro soy, como un esclavo podeis disponer de mí.

—Respetamos tu deseo, pero....

—¡Oh! no se tardará mucho tiempo sin que lo sepais, interrumpió con amarga sonrisa el moro. ¿No os he dicho que deseo por momentos abjurar mi fe por seguir la vuestra?

—Sí, y á eso te alentamos.

—Pues bien, quiero hacerme, si no digno, acreedor al menos con un servicio que me granjee el afecto de los buenos cristianos.

—Adelante: sigue tu proyecto; no te detendremos en tu camino.

Dos golpes que sonaron en este momento en la puerta de la casa, pusieron fin á la plática.

—¿Habeis oido? exclamó Edmundo: ¿llaman aquí?

—Sí, contestó el moro, no me engaño.

—¿Quién podrá ser á estas horas? ¿A quién buscarán?

—El corazon me dice que es á mí, respondió Schir Beckr.

—Ahora lo veremos, dijo Edmundo. Apagó su pipa, tomó la vela y salió del cuarto, dejándolo en tinieblas.

Abrió la puerta de la calle, y se presentó á sus ojos un hombre embozado en una larga capa, con un sombrero cuyas alas le tapaban la parte del rostro que no ocultaba el embozo.

--¿Qué buskais en mi casa? preguntole Edmundo.

--¿No vive en ella un moro llamado Schir Beckr? contestó el desconocido en tono de interrogacion.

—Sí señor.

—Necesito verlo con urgencia.

—Pues subid.

—Perdonad, pero es necesario que baje, pues tiene que acompañarnos.

Entonces distinguió Edmundo un grupo de soldados en medio de la calle, cuyas lanzas brillaban con los destellos de la luz que en la mano tenia.

—Que baje será imposible, contestó Edmundo: anda poco y con mucha dificultad.

—¿Está enfermo?

—Está convaleciendo de una herida.

—En ese caso conducidme á su presencia.

—Venid.

Y ambos subieron la escalera y entraron en la sala.

—Ahí teneis á Schir Beckr, dijo Edmundo mostrándole al herido.

—Moro, dijo el desconocido, soy teniente de guardias de la compañía de Mondejar, cuyo marqués me envia de orden del presidente....

—Deteneos..... interrumpió Schir Beckr. Amigos míos, dijo dirigiéndose á éstos que presenciaban admirados lo que sucedia: os suplico nos dejéis solos.

Los cordobeses salieron y esperaron el resultado de aquella estraña entrevista. Al cabo de media hora se abrió la puerta, y salió el embozado dirigiéndose á la calle, por donde desapareció con su tercio.

Volvieron á entrar los amigos en la sala, y hallaron al moro en el mismo sitio. La vela se hallaba próxima á consumirse. Un brillo estraño despedían los ojos de Schir-Beckr.

—Gracias, amigos, dijo al verlos entrar: gracias, pues me otorgáis cuanto os pido.

Detúvose un instante, y fijando la vista en Edmundo, que era su cirujano:

—¿Dentro de dos dias, continuó, podré caminar?

—Así lo espero.

—¿Y sino tuviese fuerzas bastantes, me ayudaréis vosotros?

—¿Pero á qué ese afán?....

—Me habeis prometido....

—Es verdad. Sí, te ayudaremos.

—El cielo os lo premie. Ahora quisiera descansar.

—Vamos: la luz se consume.

—Hasta mañana.

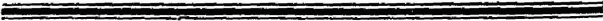
—Hasta mañana.

Y cada cual se retiró á su respectivo aposento.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

En un callejón subterráneo, lúgubre y oscuro, en cuyo extremo había una puerta entornada, y en la que estaba abierto un ventanillo, asegurado con espesas barras de hierro, paseaba con tardo paso un centinela con alabarda al hombro y embozado en un burdo capote de paño.

Un mugriento farol, suspendido del techo, alumbraba aquel recinto, pero con luz tan triste y oscilante, que, dibujando apenas en el suelo la gigantesca sombra del soldado, aumentaba el pavor que de suyo tenía el sitio.

Al llegar el centinela en sus paseos á la puerta del ventanillo, dejaba escapar algunas palabras, que eran contestadas por otro soldado que, vestido y armado del mismo modo, aparecia inmóvil en aquel puesto.

—Maldito turno nos ha tocado esta noche, dijo una vez el paseante.

—Por Dios, que de buena gana lo trocaria por la centinela de los *Siete Suelos* de doce á una, contestó el que no se movia.

—¡Canastos! eso es otra cosa: vamos á cuento. Para ir de Herodes á Pilatos, bien me estoy en Herodes: cuerno! no sé que será peor.... Estar allí.... ¡fuego de Dios!... no quiero chanzas con almas en pena. Aquí al menos no pasa de custodiar á un preso de mas ó menos consideracion, y á quien van á enviar á dar un mensaje á su profeta Mahoma.... Pero, dime, acá para nosotros: ¿sabes algo del prisionero? Y al decir esto puso el que paseaba su alabarda en el suelo y se recostó contra la pared.

—¡Toma! ¿no he de saber? contestó el de la puerta: esta mañana se lo oí decir al cabo Miguel: parece que el tal moro es un jefe de ellos, que tenia relaciones con los que están en las Alpujarras, y celebraba aquí grandes reuniones con diversos camaradas, los cuales querian nada menos que volver á conquistar la ciudad.

—Ahi es nada lo del ojo! Pues querian

poco esos perros, que Dios confunda para siempre... Mas oye: ¿cómo han podido descubrir semejante pájaro?

—Dicen que ha sido delatado por uno de los conspiradores, queriendo sin duda vengarse de alguna mala pasada que le jugara el tal morito.

—¡Voto al chápiro, y á qué buen tiempo lo hizo! Esto quiere decir que lo pillarían en el nido?

—Justamente.

—¿Y la demas gentecilla?

—Huyó.

—¿Con que solo tan linda pesca cayó en el anzuelo? ¡Bueno va! ¡Bravo! Esos señores que acaban de irse de aquí le habrán sin duda leído su sentencia de muerte: ¿no es esto?

—Eso mismo ha pasado.

—Y solo espera ya....

—Que le toque al verdugo su vez.

—¡Cómo! ¿No harán la justicia públicamente?

—Segun tengo entendido, aquí mismo lo van á degollar.

—Es lástima privar á la gente de esa diversion. Oye: ¿y qué aguardan? porque á decirte la verdad, tengo unas ganas estremadas de largarme de aquí, y deseo cuanto antes que den fin de ese mochuelo.

—Espera, voy á ver lo que hacen.

Y el centinela que estaba á la puerta vol-

vióse y se puso á mirar por el ventanillo.

—¿Ves algo? le preguntó su camarada.

—Sí: el cura se aparta rechazado por el moro, que no quiere sin duda convertirse.

—Peor para él; con eso irá derechito á verle las pezuñas á Satanás. Mira: ¿quieres dejarme que mire un poco? Tengo unos deseos de ver al moro!....

—Anda, ponte en mi lugar y ve cuanto quieras, respondió quitándose de la reja el centinela.

Púsose prontamente su compañero, y á poco de estar mirando exclamó: ¡Caramba! otra vez rechaza al clérigo! Está visto, no quiere pasar á mejor vida. Él se lo pierde. Pero hombre! ¡qué arrogante mozo es el tal moro! Qué barba tan larga y tan negra tiene! ¡cómo le relucen los ojos! Y el cabo Miguel, ¡qué serio está, con ocho compañeros nuestros con la alabarda en ristre! Allí en aquel rincón veo una cosa.... no sé lo que es.... calla, si es el tajo....! ¡Y cómo brilla el acero del hacha que sostiene en su mano, mas negra que la tinta, ese gitano de verdugo! Oye: ¡qué miedo da de ver esto! tengo el cabello de punta.... Parece que el cura no quiere más bromas, pues ya no se acerca á él.... Está hablando con un caballero vestido de negro.... quien hace una seña con la mano.... El verdugo se adelanta.... Ea, ahora sí que va á ser ella.... El moro tiene las manos atadas.... y el sayon no parece

contento, pues le pasa una cuerda entre los brazos.... y ¡cómo aprieta el bruto...! ¡Qué alano! Ninguna resistencia opone el condenado... Ahora le hace marchar hácia el tajo... ¡Ave Maria Purísima, y qué sacudimiento le han dado!.... ha caído al suelo.... ya le están atando las piernas... ¡Fuego de Dios, y qué trance!.... Otra vez se le arrima el cura.... dice con la cabeza que no.... Qué veo!.... otra cuerda tiene el ejecutor en la mano, ¿qué irá á hacer con ella? Yaa.... ya estoy.... le pone la cabeza encima del tajo, y le amarra el pescuezo para que no pueda hacer ningun movimiento.... Ea..... ahora se aparta, retrocede dos pasos, toma el hacha, todos vuelven la cara.... ya la tiene levantada... ¡A Dios...!!

Un golpe sordo y siniestro se oyó en este momento en la habitacion inmediata, cuyo sonido devolvieron los ecos de aquellas bóvedas.

—¡Ya murió! ¡Buen tino! exclamó el que miraba, levantándose prontamente, pálido como la cera y tomando la alabarda: volvamos á nuestro puesto; ahora saldrá toda esa gente, y es necesario aparecer como buen soldado.

Volvió el centinela á sus paseos y el otro quedó junto á la puerta del mismo modo que estaban antes de su conversacion.

Despues de algunos instantes rechinó la puerta, abriéndose de par en par, y salieron por ella un juez acompañado de un clérigo,

y un hombre escoltado por un cabo y ocho soldados, que llevaba asida por los cabellos una ensangrentada cabeza, cuyas arterias iban sembrando de gotas rojas y humeantes el pavimento por donde cruzaba.

Este hombre era el verdugo con los despojos de la víctima que acababa de inmolar.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CLARO y hermoso estaba el día siguiente á la noche de la ejecución que acabamos de pintar. Un sol brillante despedía sus dorados rayos sobre ese cielo azul y terso, que tan encantador se muestra en Granada en una mañana serena.

Multitud de personas de ambos sexos se veían pulular por las calles con dirección á la Carrera de Genil. Todos anhelaban ver el espectáculo que debía ofrecérseles al llegar al sitio que hoy llaman el *Humilladero*, y donde está colocado el Puente de Genil. Difundierase en-

tre las gentes la noticia de que habiendo sido descubierta una conspiracion de moros, cuyo fin era el apoderarse de Granada, la cabeza del principal estaba puesta en aquel sitio: y era tanta la curiosidad del pueblo, que cual si fuese á disfrutar de un divertido espectáculo, corrian presurosos hombres y mujeres, en tal número, que con dificultad podia penetrarse por entre la apretada masa de personas que ocupaba el Humilladero.

Las gentes que á las once bajaban por la parte del arrecife que hoy se llama *Carrera de la Virgen*¹, veian con grande admiracion tres moros que caminaban lentamente en la misma direccion. El que iba en medio pálido como la muerte se apoyaba en sus compañeros.

—¡Cosa mas rara! decian los transeuntes, ¿si irán á ver la cabeza? ¡No puede ser! ¿Cómo han de querer contemplar los despojos de un camarada?

Y sin embargo los moros, que, como ya se habrán figurado nuestros lectores, no eran otros que los cordobeses Andrés y Edmundo y el que libertaran del barranco, seguian el mismo camino que la muchedumbre.

—¿Podrás llegar hasta allí? decíale Edmundo á Schir-Beckr, mucho me temo que no.

—Sí, contestó el moro, me encuentro algo fatigado, la herida me duele.... pero ya falta poco. Escuchad, continuó, voy á aprovechar

¹ Aun no se habia edificado en aquel tiempo la iglesia.

el tiempo que nos queda para explicaros la conducta que he seguido desde que me volvésteis á la vida y que tanto os ha asombrado; ¿que-
reis escucharme, amigos míos?

—No deseamos otra cosa, habla.

Detúvose un momento el moro como para tomar aliento, y despues volvió á emprender su lenta marcha diciendo:

—He guardado silencio con vosotros porque queria tomar sobre mi conciencia solamente el paso que di hace dos dias, y porque confiándolo á vuestro buen corazon, pudiérais haberme obligado á retroceder. Dije que era mi mas ardiente deseo abrazar la Religion Católica, y que queria hacerme acreedor á ella proporcionándola un beneficio.... pues ya he cumplido mi propósito. Vais á ver el resultado.

Á este tiempo llegaron al Humilladero. Un mar de vivientes se agitaba en aquella vasta plaza. Todas las miradas estaban fijas en direccion del *Puente de Genil*. Las mujeres se empinaban sobre las puntas de los piés, apoyándose en los hombros del que tenian delante. Los hombres, á quienes la naturaleza no habia favorecido en estatura, practicaban el mismo movimiento. Los padres de familia empinaban á sus chiquitos. Cuatrocientos pasos antes de llegar á aquel sitio, se percibia el confuso rumor de los muchachos, las invectivas de algunos, las místicas exclamaciones de otros, los reniegos de las viejas, las voces de los vendedores,

que siempre van con la gente, los ayes de los que estrujaban, los sollozos de las beatas y el llanto de los párvulos que se veían pospuestos á sus hermanitos que gozaban del espectáculo en los brazos de su padre. Atravesaron los moros esta compacta multitud, no sin bastante trabajo, consiguiendo llegar al mismo puente.

—Mirad, volvió á decir Schir-Beckr, ese es el resultado de mi obra.

Alzaron la cabeza los amigos, y vieron sobre un poste de ladrillo una cabeza segada por el cuello, con los ojos en blanco, la boca abierta, y los cabellos erizados.

Un grito de horror y de sorpresa salió unánime de los labios de los cordobeses.

—¡El jefe de la conspiración! dijo Andrés.

—¡El padre Piquiñote! dijo Edmundo.

La cabeza del padre Piquiñote era la que atraía tanta gente á aquel lugar.

—Sí, contestó Schir-Beckr, ese despojo que ahí veis, pertenece al mismo que los dos traheis nombrado. El jefe de la conspiración y el padre Piquiñote no eran mas que una misma persona. Disfrazándose de este modo alejaba cualquiera sospecha que pudiera en algun tiempo concebirse, y podía trabajar libremente en su objeto, que era, como sabeis, volver á conquistar á Granada. Contaba con numerosos recursos, y para impedirle llevar á cabo su proyecto, yo lo he delatado. Ved aquí la causa de mi conducta misteriosa. El hombre que no ha-

ce muchas noches fué á buscarme, venia para que le acompañase al sitio donde se ocultaba, pero el estado de mi herida me lo impedía.... Le facilité instrucciones... y ved ahí si han servido. ¡Dichosa herida, padre Piquiñote, continuó dirigiéndose á la cabeza, ella me ha hecho abrir los ojos á la luz de la verdadera fe, y puesto en el caso de prestar un gran servicio á la misma! A no ser por eso, os aseguro que jamás hubiera atentado contra vuestros dias, siguiendo la máxima de mis bienhechores: «Haz bien al que te daña.» ¡Pero cómo ha de ser! vuestra muerte imposibilitaba por ahora el triunfo que el Islam queria obtener, y aunque musulman aun, mi corazon era cristiano ya, y solo vió que la Cruz peligraba.

¡El Dios de los mortales os haya dado descanso!

Calló Schir-Beckr, y volvióse hácia sus compañeros. Estos rezaban un Padre nuestro por el alma del padre Piquiñote.

—Vamos, les dijo, me siento débil en extremo y quisiera descansar. Ya os he explicado el misterio de mi conducta. Ya está hecho el servicio á la sagrada fe. Ahora deseo abrazarla con ansia.

Volvieron á atravesar la multitud y marcharon silenciosos á su casa.

La cabeza del padre Piquiñote permaneció espuesta al público por mucho tiempo. Al cabo de algunos dias una multitud de cuervos que

revoloteaban en su derredor, era la única compañía que le quedaba.

Tal fué la primera justicia que tuvo lugar en Granada despues de la conquista.

CONCLUSION.

SCHIR-BECKR se hizo cristiano, bautizándose en la iglesia de San Juan de los Reyes ¹, donde tomó el nombre del santo de su advocacion. Algun tiempo despues, acusándole su conciencia la muerte del padre Piquiñote, á pesar del triunfo que con ella consiguió el estandarte de la fe, se hizo religioso, y marchó en una de las expediciones que se hacian al Nuevo-Mundo descubierto por Colon, agregado á los misioneros apostólicos, desde cuya fecha no volvieron á saber mas de él los cordobeses sus salvadores. Éstos ejercieron en Granada su oficio con notable provecho, y todos los domingos acudian al Humilladero á rezar una oracion por el alma del desgraciado *padre Piquiñote*.

¹ A esta iglesia, que era en lo antiguo mezquita de los moros llamada Meschit-el-Teybir, le dió el nombre que tiene la reina Doña Isabel, y fue la primera que se bendijo en Granada.

La Torre de la Cautiva.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EL camino que llaman de *Fuente-Peña*, en la Alhambra, es un barranco que divide á ésta de Generalife, y es de lo mas pintoresco que puede concebirse. Mezquina sería toda descripción, pues las dulces y melancólicas sensaciones que su vista inspira, no es posible hacerlas conocer por una simple narracion. Es necesario admirarlo. Además que poco ó nada pudiéramos añadir á lo que de él han dicho ya hombres célebres, y no hace falta á la corona que los mismos le han dedicado, la mustia flor que habríamos de ofrecerle;

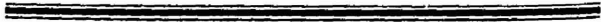
solo llevamos á nuestros lectores á este sitio, con el fin de conducirlos al lugar de la escena que vamos á trazar en el siguiente relato. Sigamos, pues, el camino de *Fuente-Peña* que guia á la *Cuesta del Rey Chico*, cuya tradicion ya conocen. ¿Veis hácia la izquierda esa carcomida muralla, de la que sobresalen tres elevadas y sombrías torres? ¿No os parecen graves gigantes que guardan el mágico silencio de estos contornos? Pues la primera se llama *de las Infantas*; la segunda *de la Cautiva*, y la tercera *del Candil*. No imaginéis que vamos á hablaros de las tres torres, ni de la *de los Picos*, que mas allá alza su negra cabeza sobre la *Puerta de Hierro*, no: cada una de ellas debe ocultar su interesante tradicion; pero hasta ahora no hemos podido desgarrar el velo que las aparta de nuestro pensamiento, y solo la *de la Cautiva* es la que va á presentarse ahora con sus misterios á vuestros ojos: mas antes, ya que habeis visto la sencilla forma de la torre por de fuera, con sus cien piés de altura y su moderna fortificacion, penetrad con nosotros en el interior por la pequeña puerta á espaldas del camino, y ved este primer recinto, que no parece sino que el miedo reina en él, húmedo y oscuro, con cuatro pilastras en el centro, sin que tenga otras luces que las tenues que se introducen por una alta claraboya en la azotea de la torre. A pesar de los graciosos

adornos de esta estancia, y de los bonitos ajimeces que dan á ella, infunde tristeza y desaliento. Pero no nos detengamos mucho rato en tan melancólico sitio, y pasemos con afán al segundo departamento. ¡Oh! ya se respira aquí mejor: ya hay claridad: ya hay brisa.

Mirad este lindo retrete, debil sombra de lo que sería en otros tiempos; misero resto del lujo que lo adornaba, y que aun revela el lindo arco de la puerta, los graciosos calados de sus paredes, y las cenefas de azulejos por el estilo de algunos aposentos del palacio real. ¿Veis esa ventana de la izquierda, precioso ajimez en otros dias y hoy restaurado de tan tosca manera? Pues como buenos católicos, descubrámonos al llegar á ella, y recemos una oracion por el descanso de un alma cristiana. ¡Fué el camino de un sepulcro! ¡Fué el de la eternidad para un triste ser!

Salgamos, salgamos de esta torre; si antes refrescaba su ambiente, sofoca ahora con este recuerdo: aspiremos el aura de la Alhambra, y bajo sus frescos bosques oireis, y nosotros podremos referir con mas aliento los trágicos sucesos de la mansion que acabamos de visitar, y que la dieron el nombre de *Torre de la Cautiva*.





P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

ERA en el año de 1491. Los ejércitos del rey Don Fernando sitiaban á Granada, siendo la vega durante el bloqueo, teatro de continuas y reñidas escaramuzas entre los valerosos caballeros que siguieron al rey, y los no menos valientes moros de la ciudad. Era una noche del invierno. Corria un viento helado y seco, y todo el campamento se hallaba al parecer disfrutando de reposo; solo velaban las centinelas que de tiempo en tiempo repetían sus gritos de *alerta* con voz torpe y confusa.

Sin embargo, en una tienda de campaña, no lejos de la de los reyes, y en cuyo centro algunos enrojados tizones indicaban que pocos momentos antes habian dado una llama vivificadora, tres guerreros envueltos en prolongados y negros ferreruelos, sobre los que descollaban relucientes y puntiagudos cascos, se veian sentados sobre pequeños troncos de encina. Á juzgar por lo espresivo de sus movimientos y el calor de sus palabras, trataban sin duda de algun asunto serio é interesante.

—¡Juro por el mismo Santiago, que mañana hemos de rescatarla! decia uno de los caballeros, dándose con su manopla un fuerte golpe en el peto.

—¡Ay, Aguilera! respondió otro exhalando un grande suspiro, nadie es tan interesado como yo en libertar á la hermosa Doña Isabel de la esclavitud que arrastra; pero el amor no me ciega y conozco lo insuperable de la empresa, á menos que un poder sobrenatural no nos ayude.

—¿Quién habla de poder sobrenatural? contestó el llamado Aguilera dando una terrible patada en el suelo. ¡Vive Dios! que solo el nuestro es bastante y sobra.

—Dice bien, dice bien, exclamó el que callara hasta ahora, nosotros y nadie mas que nosotros libertaremos á tu amada, Ponce.

—¡Voto al infierno! continuó Aguilera, ¿no nos la hicieron cautiva esos perros en el impensado rebato de Andujar? ¿Pues por qué

siendo nosotros treinta veces de mayor pujanza que ellos, no hemos de sacársela de entre la uñas? responde, ¡vive Cristo!

—Lo mismo digo, contestó Diego de Baena, soy de tu parecer: pero cuando así hablas, debes de tener formado algún plan; yo también lo tengo: explícate y veré si estamos conformes.

—Oídlo, y por quien soy os aseguro que vais á quedar contentos. Ya sabemos, por el negro Osmin, el espía, que se encuentra Doña Isabel prisionera en una de las torres que circundan la Alhambra por la parte de Levante cercana á Generalife. Mañana al anochecer estamos dispuestos los tres y cuantos nos quieran seguir. Tristan de Montemayor con una gruesa partida marchará al mismo tiempo sobre Granada y promoverá un rebato hácia la *Puerta de Bib-Taubin*.

Los moros asustados correrán á defenderla, y mientras tanto, vivos como la centella, llegamos á la Alhambra, nos dirigimos á la torre, y á mi cargo queda lo demas. ¿Qué os parece? ¿podré llegar á ser un buen estratégico?

—¡Bravo! bravo! contestó Baena, batiéndole las palmas, y creo y prometo y aseguro que se dará buena y felicísima cima á esta empresa.

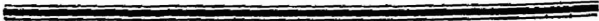
—¡Dios os oiga! respondió tristemente Ponce de Leon. ¡Pobre Doña Isabel, cuánto deberá sufrir!

—Yo me encargo de arreglarlo todo, continuó Aguilera. Mañana pediré permiso á nues-

tro rey, hablaré con el de Bohorques, que será sin duda alguna de los nuestros, y á la noche presentaremos en el campamento nuestra hermosa rescatada. Ahora vamos á dormir. Buenas noches, caballeros.

Y acomodándose cada cual lo mejor que pudo, se dispusieron á pasar la noche. Á los cinco minutos todos dormían profundamente, á escepcion de el de Leon, que como enamorado pensaba en su querida Isabel, á quien pretendía con ansia ver y salvar del yugo de los musulmanes. Iba á emprenderse una peligrosísima acometida que tal vez imposibilitaria para siempre la esperanza de poseerla, y estos pensamientos combatían al apesadumbrado caballero sin dejarle sosegar. Pero era jóven, y á la media hora solo las ateridas centinelas velaban en el campamento.





JUNTA DE ANDALUCIA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

—HERMOSÍSIMA cristiana, fragante flor de la Andalucía, no desdeñes las súplicas de un moro que tiene en tí su corazón. Ámame, ámame por piedad, dirígeme una mirada cariñosa y me contemplaré el moro mas feliz del Oriente y Mediodía. No ignoras que gozo los favores del rey de Granada, del poderoso Boabdil, por quien soy alcaide de esta torre, que para tí es un palacio, donde te cercan los diamantes, el oro y los esclavos; ¿tienes el mas leve deseo? Dime por favor lo que apetece, y aun cuando fuera la pérdida de Granada, veriasme gustoso con-

tribuir á ella, como en pago me dices tu amor, tu amor que es lo único que ambiciono, lo único que me deslumbra. ¡Ah! ¡no sabes el fuego intenso y voraz que concentra un corazón africano! No, no lo puedes saber.... Mira, te ama tanto Muhamad, que es á tu presencia un humilde esclavo. ¡El! ¡Muhamad á quien llaman bárbaro y feroz entre sus gentes! ¡Nazarena, mitiga ese rigor con que me tratas, da treguas á tus desdenes y duélete al fin del tormento que padece esta alma destrozada, concediéndole lo que tanto desea y por lo que tanto suspira!

Estas palabras las decia el moro Aben-Muhamad á Doña Isabel de Lara, su prisionera en la torre de su alcaidía.

En un rebato de los moros de Andujar y en una impensada salida que hicieron contra los cristianos, les ocasionaron muchas pérdidas, siendo una de ellas la prision de la jóven Doña Isabel, hija de uno de los capitanes del ejército de la Cruz y prometida del caballero Don Manuel Ponce de Leon. Enamorose perdidamente Aben-Muhamad el africano de la cautiva, y la compró al moro que la hizo prisionera, trayéndola á Granada y encerrándola en una de las torres que le habia cedido el monarca, quien dispensaba al africano grande favor por la influencia que ejercia sobre la mayor parte de las tribus del reino: sabidas son las disensiones que habia entre los linajes moriscos durante la

época de Boabdil, que hacian vacilar á cada momento el escabel de su trono.

No habia escaseado Muhamad atencion ni lujo alguno con su bella prisionera, para vencer el odio que le profesaba casi tan grande como el amor del moro.

En el segundo departamento de la torre de que se ha hecho ya mencion, adornado con el gusto oriental mas esquisito, estaba Doña Isabel escuchando con angustia las tiernas palabras del amartelado moro. Oloríferos pebetesos esparcian su delicado aroma por la morisca estancia, y perfumaban las ricas alcatifas que cubrian el pavimento. Recostada la jóven sobre el antepecho del labrado ajimez del Norte, miraba con distraccion al cielo, apoyando la cabeza en su nacarada mano, que semejante al tallo de la azucena, salia de su ropaje blanco como el alabastro.

El feroz Muhamad, arrastrado por la violencia de su amor, estaba en pié detras de ella, sumiso y débil, como el negro ante su amo.

Al largo discurso del musulman, no contestó Doña Isabel, y se cubrió el rostro con un delicado pañuelo.

Era cerca del anochecer y apenas el crepúsculo iluminaba aquel voluptuoso y lindo recinto.

—Isabel, tornó á repetir el moro, ¿por qué tanta dureza cuando sabes lo que te adoro? ¿No merecen mis desvelos ni unas sola mi-

rada que augure una esperanza lisonjera, que arrulle el halagüeño pensamiento de que algun día consentirás en pertenecerme?

La mano de doña Isabel se estendió hácia el moro, crispados sus dedos del horror que la causaba esta idea, y dijo con voz sorda y debil:

—¡Nunca...! ¡Nunca...!

Contrayéronse violentamente las facciones del moro. Una palidez mortal cubrió su rostro, y sus párpados se dilataron estremadamente; el furor lo dominaba: el manso cordero habia vuelto á ser tigre: era Muhamad en su verdadero ser, desnudo de toda apariencia engañadora. Logró sin embargo dominarse, y haciendo un violento esfuerzo, hincó en tierra una rodilla y elevó sus manos en actitud suplicante detrás de Doña Isabel.

—Mirame, le dijo con la voz mas dulce que pudo: mirame á tus piés cual esclavo impotente: ¡Muhamad, terror de su raza y de los estraños, que no dobla la cerviz ante su rey poderoso, se encuentra humillado á tu presencia, como el criminal que implora su perdon del árbitro de su destino...! ¿Y qué es lo que pide el moro?... Un poco de amor para apagar el voraz incendio de su alma.... ¡Él! que pudiera usar de su derecho de amo, solo se ampara de la triste facultad del siervo; gemir y suplicar.... ¡Isabel! no abuses del poderio á que mi pasion te eleva: ven á mis

brazos, que el leon puede acordarse de quién és y despedazar á la cervatilla que enmaraña su melena...! ¡Ven á mí, flor de las flores...! ¡que el genio de la dicha bata sus alas sobre nosotros, y nos envuelva en su ambiente de felicidad!

Y al decir estas palabras estendió tanto sus brazos, que llegó á tocar con sus manos el vestido de Doña Isabel; quien al sentir este contacto replegóse hácia el ajimez gritando:

—No me toqueis, no, no: huid de mí.

—¡Ingrata! prosiguió Muhamad, acometido de un voluptuoso delirio: y arrastrándose hácia su cautiva.

—Teneos, repito, exclamó con entereza Doña Isabel, á quien daba fuerzas lo crítico de su posición: si os acercais un paso mas, me arrojó desde el ajimez: y sacó hácia fuera casi la mitad de su cuerpo. ¿Cuántas veces he de deciros, continuó desde allí, que es inútil lo que hagais para agradarme: que os aborrezco; y todos vuestros obsequios, en vez de halagarme me mortifican tanto como vuestra odiosa presencia: que antes de perteneceros prefiero la muerte, pues me será mucho mas dulce que tan infando crimen? Estas mismas palabras son las que siempre habeis escuchado de mi boca: y si tuviérais un poco corazon; si en algo estimárais la dignidad de hombre, hubiérais dejado de perseguirme; porque esa constancia os envilece tan

to á mis ojos.... que acabareis por trocar mi aborrecimiento en desprecio. Dadme de una vez la muerte, que es mi único deseo, si he de ser siempre vuestra esclava.

El moro, que al oír tan duras palabras se habia ido levantando, fijó luego una terrible mirada sobre la jóven, y le preguntó con irritada voz:

—¿Es esa vuestra última resolución?

—Ésa ha sido mi primera y tambien es mi última. Jamás seré de otro que del de Leon, contestó tranquilamente la cristiana.

—Bien, esclava.... no te quejes de la suerte que te espera: tú lo has querido. ¡Hola, Hakin! dijo llamando con estentórea voz.

Un negro se presentó en la estancia: Doña Isabel permanecía en el ajimez.

—Mas no, exclamó de repente el moro variando de pensamiento: no dirán que una mujer me ha vencido. En este instante has de ser mia.... Y se abalanzó á la pobre cautiva.

—Atrás, dijo ésta con firmeza: atrás digo, ó me precipito.

Pero el moro no la escucha, y su mano ha cogido la de Doña Isabel.

—¡Asesino! ¡no lograrás tu intento! exclamó la jóven. ¡Perdonadme, Dios mio! y al decir estas palabras sacó su mano de entre las del moro y se arrojó por el ajimez.

—¡Alá, qué es esto! dijo asombrado y lle-

no de pavor Muhamad, tirándose sobre el ajimez y estendiendo los brazos: ¡ah! ¡la salvé! se le oyó esclamar de pronto: mas no lo habia acabado aun de decir, cuando se retiró del ajimez exhalando una horrorosa imprecacion, que hizo estremecer al mismo negro. Un pedazo informe de tela blanca traia apretado entre sus crispados dedos. Era un pliegue del vestido de Doña Isabel.

En este momento se oyó un espantoso tumulto al pié de la torre.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA





P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

Los cristianos habían puesto por obra su plan. Al anochecer del día siguiente al en que formaron la idea de la acometida; cubierto Aguilera de sus mejores armas, y seguido del amante de doña Isabel, de Bedmar, y de otros varios caballeros que quisieron participar de los peligros de tan descomunal empresa, habían salido de la vega con dirección á la *Silla del Moro*.

Al mismo tiempo una partida de seiscientas lanzas al mando de Tristan de Montemayor, se encaminó á Granada acercándose hostilmen-

te hacía la *Puerta de Bib-Taubin* ¹. Pronto corrió la alarma por la ciudad, y las tribus asustadas con esta sorpresa, marcharon en el mas completo desorden á defender el sitio que creian amenazado por las huestes castellanas. Los destacamentos que habia por los contornos de Generalife sin disciplina y sin organizacion, abandonaron sus puestos y corrieron tambien á Bib-Taubin dejando franca y libre entrada al de Aguilera y los suyos que en estos momentos de confusion se acercaban á la Alhambra sin que nadie lo notase, y se dirigian hácia la torre de Muhamad que pronto lograron ver.

Dejaron los caballos á alguna distancia, y fueron aproximándose con sigilo hácia la muralla, donde sujetaron una escala que llevaba Aguilera, á favor de la cual se vieron pronto á la puerta de la torre.

Los pocos moros que la guardaban, viéndose atacados tan de improviso, solo tuvieron tiempo para cerrar la puerta, que no tardó en ser hecha pedazos, merced á los desmesurados golpes de hacha de los caballeros.

Abierta brecha, penetraron osadamente en la fortaleza, sin que los moros acobardados opusieran la mas leve resistencia.

Subieron precipitadamente la escalera, y antes de que Muhamad pudiera saber la causa de tan extraño alboroto, entraron en la es-

¹ Esta puerta se hallaba próxima al sitio en que hoy existe el edificio cuartel ó castillo de este nombre.

tancia Aguilera, Bedmar y Ponce de Leon.

—Ánimo, nuestra es la empresa, gritó Bedmar al entrar con la espada desenvainada.

—Isabel, ¿dónde estás? Vengo á librarte, serás mia para siempre, exclamó Leon.

—Moro, somos tus amos ahora, dijo Aguilera á Muhamad, que cruzado de brazos miraba con desprecio á los cristianos, de nada te servirá la resistencia; entrérganos al momento á la jóven que retienes cautiva.

Una feroz sonrisa asomó á los labios del muslim.

—¿La quereis dijo, venid conmigo, tomadla, ahí la teneis, y al decir estas palabras llevó á los cristianos al ajimez y les señaló hácia fuera.

Un grito penetrante salió de los labios del infortunado Ponce de Leon.

El cuerpo de Doña Isabel se miraba hecho pedazos en un barranco al pié de la torre. La sangre que brotaba de sus tronchados miembros habia teñido de rojo su blanco ropaje.

—¡Miserable! exclamó con frenesí Ponce: y listo como la corza saltó sobre el moro, atravesándole el pecho con su espada antes de que tuviese aquél tiempo para huir el golpe.

Pero en el momento en que el de Leon sacaba la espada del cuerpo de Muhamad, siente que rasga sus espaldas una acerada guma, que le penetró hasta el corazon.

Era el esclavo Hakin, que al presenciar la muerte de su amo quiso vengarla.

—¡Pobre cristiano! dijo al mismo tiempo: ni muerta ni viva tendrás á esa mujer, destinada á mi dueño y señor.

—Ahora llevarás el pago de tu interés, gritó Aguilera: y tirando un fuerte mandoble al cuerpo del negro, hizo saltar al suelo su cabeza.

Tres cadáveres habian cubierto de sangre en pocos instantes aquel recinto, y otro yacía al pié de la torre.

—¡Pobres muchachos! exclamó tristemente Aguilera, limpiando su enrojecida espada: ¿quién habia de presentir este fin desastroso?

Un guerrero se presentó en este momento á Bedmar.

—Amigo, dijo con precipitacion: uno de los moros que defendian esta torre, logró escaparse y ha corrido al Alcazar á noticiar nuestra venida. Hemos visto desde el terraplen á una turba de Zenetes tomar la direccion de este sitio, y vendrán sin duda á proteger esta guardia. Nuestra permanencia aqui por mas tiempo atraeria serios lances á mi entender.

—Vámonos, Aguilera, dijo Bedmar: y ya que contamos dos víctimas no contemos mas.

—Sí, contestó aquel: volvamos á nuestro campo antes de la llegada de esos moros; pero llevémonos los desgraciados restos de Isabel y Ponce de Leon.

Asi lo hicieron: bajaron de la muralla, y

ambos cadáveres fueron colocados sobre un brioso corcel. En seguida abandonaron los cristianos aquel lugar, volviendo á encumbrarse por el cerro donde vinieran.

Cuando llegaron las fuerzas que el rey enviaba á socorrer á los de la torre, solo hallaron al mutilado Hakin y su dueño rodeados de los moros de la fortaleza, aun no repuestos del susto que la impensada acometida de los cristianos les causara.

A los desgraciados amantes se les dió sepultura en el panteon de la familia de los Ponce de Leon.

Bedmar y Aguilera, apesadumbrados por este fatal suceso, juraron no volver á pisar la ciudad hasta que entrasen como dueños; pero su genio ardiente y emprendedor les hizo quebrantar este juramento para ser de la gloriosa partida que acompañó al valiente y temerario Pulgar en la ardua y azarosa empresa del *Triunfo del Ave Maria*.



La Cerca de Don Gonzalo,

Última de Granada.

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife

CONSEJERÍA DE CULTURA



JUNTA DE ANDALUCÍA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

MAGNÍFICA zambra tenía lugar en el famoso *Salon de Comares* de la *Casa Real* de Granada, cuyo trono ocupaba á la sazón Aben-Ismael, décimooctavo monarca de esta ciudad, despues de haberlo arrancado á Mohamed Abenozin, cognominado *el Cojo*. Los Abenamares y Mazas, Zegries y Gomeles pululaban por entre el *Patio de los Leones* y el *de los Arrayanes*, vistiendo deslumbrantes y riquísimos alquiceles. Viéranse entre ellos al valiente Abibdar, al jóven y gigantesco Malique Alabez de esclarecida y anti-

quísima prosapia, y á otros moros flor de la corte granadina y prez de los infieles estandar-tes. Paseábanse éstos conversando unos con otros al rededor del estanque, desde cuyo sitio se escuchaba el blando son de las gaitas y chirimias que tocaban en el salon.

Era á fines de una tarde del mes de setiembre.

El sol habia desaparecido del horizonte, dejando teñidas de rojo algunas nubecillas que empañaban el diáfano azul del cielo. Una fresca brisa difundia el perfume que las flores le enviaban en su ida, agitando con dulzura sus tiernos tallos. El susurro de la fuente del *Patio de los Leones*, debilitaba los armoniosos sonidos del salon de la zambra, y por una de las calles formadas de columnas de mármol blanco que adornan aquel recinto, paseaban apartados de los otros grupos dos moros, embebidos al parecer en una interesante plática. Apoyado en un hueco del arco de la *Sala de las dos Hermanas*, se hallaba otro moro, envuelto en un blanco albornoz, cerca del que pasaban con frecuencia los otros dos.

—Sí, Abibdar, decia uno de ellos, es necesario desterrar la molicie y holgura en que nos hallamos sumidos para volver á la antigua vida guerrera; los cristianos estienden considerablemente sus dominios, y nõ pasa dia sin que cuenten en su reino una plaza mas. Basta de fiestas, basta de torneos: toda esa cuadrilla de valientes que puebla ahora mi palacio, debe de

estar cansada como yo de diversiones, y anhelará aprestarse para el combate.

—Todos son fuertes, Ismail, respondo de ellos, que á la menor señal tuya, pronto los verás dispuestos á la guerra.

—Lo primero, lo mas indispensable que es preciso hacer, y en lo que pienso desde algunos dias, es concluir esa nueva cerca de Granada empezada ya hace tiempo, á fin de ponerla á cubierto de cualquiera tentativa en lo sucesivo. Los restos de la antigua que existen se hallan casi destruidos y para nada nos sirven.

—Pero ¿cuentas con medios para esa obra?

—¡Ay, Abibdar! ese es el dolor que acibara mis placeres hace algun tiempo. Mohamed Abenozin, mi indigno antecesor, ha gastado tanto en sus casas de recreo y en este mismo palacio, que me es imposible en el dia esa construcción.

Callaron ambos interlocutores y siguieron en silencio sus paseos.

—¿No te se ocurre, amigo, algun medio, dijo Ismail al cabo de pocos instantes, un medio que baste á mis designios?

—Sultan, contestó Abibdar, reúne á los jefes de tribu, hazles presente tu situacion, y pideles.....

—Calla, calla, no prosigas..... ¿Crees que humillaria mi dignidad real hasta el extremo de pedir una limosna á mis súbditos? Nunca, nunca..... ¿Piensas que no me ha ocurrido esa

idea en la tortura que he dado á mi imaginacion para que sacara adelante ese proyecto? Pues sí, te lo confieso; ha sido tan esteril que solo me ha presentado tan humillante recurso: y en este caso ¿qué he de hacer? ¿quién me sacará de esta penosa angustia? Porque esa cerca es indispensable, absolutamente precisa para la seguridad de mi pueblo.

—Pero si desechas mi pensamiento ¿quién te ha de favorecer en tu plan?

—Solamente Alá, contestó Ismail suspirando.

—Y yo despues, exclamó una voz detrás de los musulmanes.

Volviéronse repentinamente, y se encontraron con el moro del blanco albornoz que estaba en la Sala de las Dos Hermanas.

—¡Reduan! espresó Ismail admirado, ¿nos estabas escuchando?

—Perdóname, señor, si el acaso ha hecho llegar á mis oidos vuestra plática.

—¿Dónde te encontrabas?

—A la entrada de esta sala.

—¿Y qué hacias ahí?

—Reflexionar en la palabra que te di un dia, y que justamente es la razon en que me he fundado para interrumpirte.

—Habla.

—Prometí, hallándonos no hace mucho en el recreo del Generalife, que solo en una noche ganaria á Jaen.... Recuerdas?

—Y siendo mio Jaen ¿en qué ha de contribuir al logro de mis planes?

—¿No son cristianos los de aquel reino?

—Bien, despacha.

—Se les exige un impuesto bastante á satisfacer tus intenciones.

—Dices bien, Reduan, eres un buen muslim: dentro de tres dias partiremos para Jaen. Quiero acompañarte. ¿Cuánta gente necesitas?

—Me bastarán mil hombres.

—Abibdar, haz venir á mi presencia todos los jefes de tribu que se hallen en mi palacio.

Salió el mensajero, volviendo á poco á entrar en compañía de los llamados por el Rey.

Entonces, dirigiéndose éste á los recién venidos, exclamó:

—Abencerrajes y Gomeles, Alabeces y Zegries: con todos vosotros cuento para la expedicion que dentro de tres dias ha de salir para Jaen al mando de Reduan. Preparad cada uno de vosotros las lanzas de que podais disponer, y hacedlo de modo que pasado mañana se hallen reunidas ante la Puerta de Elvira. A la tarde revistaré las tropas, y al dia siguiente marcharemos todos á dicha ciudad, pues yo tambien quiero ser de la partida.

Todos inclinaron la cabeza en señal de respeto y obediencia.

—Oye, Reduan, continuó el rey, lleván-

doselo hácia un lado: si logro mi intento y la cerca se construye, á tí lo deberé todo. Serás acreedor á una gracia. El deseo que entonces me manifiestes quedará satisfecho.

—Cuento con tu promesa, señor.

—Musulmanes, la reina y sus damas nos esperan, añadió en voz alta Ismail: id; divertios esta noche, para pensar mañana en la campaña.

Todos se dirigieron al salon, que estaba espléndidamente iluminado.



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

MELANCÓLICA y hermosa aparecía la Alhambra la noche anterior al día señalado para la expedición de Jaén. Brillaba la luna sobre un cielo despejado, dibujando en la arena, cual fantásticas sombras, las copas de los árboles de sus frondosas alamedas: el leve ruido que producían al tocar al suelo algunas amarillas hojas desprendidas de ellos, confundíase con el murmullo de los arroyos y el blando susurro de las fuentes, que, reflejando en ellas el astro encantador, las hacía aparecer como otros tantos grupos de espuma y plata. Era

una noche deliciosa; una de esas noches que pinta á su placer la ardiente imaginacion de un poeta; un recuerdo del paraíso, un destello de la grandeza del Omnipotente; era... una noche en la Alhambra.

Por una de sus calles, en la que apenas la luna podía penetrar, á causa de las entrelazadas copas de sus nogales, que la descarnada mano del invierno no había aun deshojado, paseaba lentamente una mujer. Iba cubierta de un tupido velo que nacía de su turbante rojo, bastante encajado sobre la frente. Estaba sola; y un pergamino que arrugaba entre su mano, lo leía de cuando en cuando, parándose en algunos sitios donde la luna, habiendo encontrado un hueco, asomaba un rayo pálido, como ofendida de que la vedasen la entrada en aquel recinto. Después de leerlo, suspiraba clavando la vista hácia el final de la alameda. Una de estas veces vió dibujarse en el fondo el blanco albornoz de un árabe; corrió hácia aquel sitio, y no tardó en oírse su amoroso coloquio.

—¡Reduan! ¡Luz de mi vida! ¡Con qué impaciencia he esperado la llegada de tus pasos!

—¡Huri del paraíso! Hácia aquí volaba en busca de la felicidad.

—¡Ah! Reduan, no me abandones; no olvides nunca á esta pobre esclava: tú, el que prestas atractivo á mis cadenas; sin tí moriría la desventurada Jarifa.

—¡Angel mio!

—Pero, dime: ¿por qué me has citado antes del dia de nuestras entrevistas? ¿qué debo esperar de esto? Habla, habla, Reduan: mi vida pende de tus labios.

—Mañana parto, Jarifa.

—¡Alá! ¡qué escucho!

—Tranquilizate, bien mio: tú eres la causa de esta ausencia. Prometí un dia á Ismail ganarle la ciudad de Jaen en una noche, y ha llegado el caso de cumplir mi palabra.

—¡Desdichado, cómo viertes la amargura en mi corazon! ¡Quieres arrostrar esa temeraria empresa por proporcionarle un estado mas á tu rey! ¡y dices que yo soy la causa! ¿Qué he de tener en pro de tan infausta expedicion? ¡Ah! ¡luto, llanto eterno para la vida de Jarifa!

—Mujer, tu imaginacion se alucina. ¿Pienzas que todos los monarcas de la tierra me harian separar de tí, si no fueras el móvil que me impulsara? Jarifa, una gracia, á mi arbitrio, me concede el rey si le pongo en posesion de ejecutar el designio que medita: tu libertad, que es mi deseo, será el fruto de mi empresa. ¿Piensas que no corroe mi corazon, cual víbora punzadora, el verte sometida como vil esclava al caprichoso deseo de una mujer? ¿Piensas que no se anegan en lágrimas mis ojos al recordar que tú, hija de reyes, mecida desde la infancia por

el amor y la ventura, halagada por el adular ambiente de los palacios, eres ahora la esclava que tiene que adivinar el gusto de su ama para servirla con humildad? No, Jarifa: mi corazón revienta en el pecho y clama por volverte á la antigua libertad en que te conocí. Hé ahí mi constante pensamiento: vé ahí la causa de mi loco empeño.

—¡Ah! gracias, gracias, Reduan; pero si gue, háblame de ese modo; ¡me hacen tanto beneficio tus palabras...! encierran tanta ventura...!

—¡Jarifa mía!

—¿Por qué no te fuiste sin decirme nada? Grande hubiera sido mi pena, sí; muy grande; ¿pero qué vale comparada con el dolor que vas á hacerme sentir á nuestra separación?

—Imposible, mujer, imposible; necesitaba de tu vista para fortalecer mi valor.

—¿Mas no es verdad que tu ausencia durará poco? ¡Ah! dime que sí, Reduan; dímelo, aunque despues haya de cumplirse la voluntad de Alá.

—Será muy breve, así lo espero: ahora abrázame.

—¡Te marchas ya!

—Sí, es tiempo; vuelve al palacio, no aperciban tu falta. Regala al buen Juséf que nos proporciona esta felicidad, y ruega por mí.

Nada respondió Jarifa. Las palabras se ahogaban en su garganta. Apoyada en el tronco



de un árbol, mirando alejarse á su amante, dió rienda á su llanto de amargura. Calmada algun tanto con este bálsamo del corazon, postrose de hinojos sobre la arena, cruzó los brazos sobre el pecho, inclinó la cabeza y oró.

Á la mañana del dia siguiente, salió por la *Puerta de Elvira* una brillante division compuesta de doce mil hombres entre infantes y ginetes al mando del valiente Reduan. Ismail, Abibdar y otros nobles y bravos moros acompañaban la espedicion.

Desde la *Torre de la Vela* miraba la reina con sus damas y esclavas la salida de este ejército escogido, y entre los pañuelos que ondeaban vióse una blanca mano levantada al cielo. Era Jarifa que pedia en silencio al Profeta le volviese á su amante con vida.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

En la espaciosa sala de una casa próxima al *real convento de Santa Clara* en Jaen, adornada con antiquísimos muebles de estilo gótico, estaba sentado don Gonzalo de Stúñiga, obispo de Jaen, jugando al ajedrez con don Iñigo Tablares, su mayordomo mayor; disgustado en extremo se hallaba el obispo, pues perdía aquella tarde contra su costumbre.

Su adversario, caladas las gafas y encasquetado un gorro negro, seguía con minuciosa atención la marcha de las piezas contrarias, sufriendo resignadamente las rabetas de non

Gonzalo cuando le comia alguna, y los dictados de mal jugador con que era apostrofado á cada jaque que llevaba. Un criado entró precipitadamente en el salon.

—¿Qué vienes á hacer aqui sin que te llame? dijo con mal humor don Gonzalo.

—Señor, este pliego que acaba un hombre de traer con mucha prisa para vos: dice que los moros de Granada vienen contra nosotros.

—¿Cómo? ¿qué dices? don Iñigo, esperad un poco, veamos esto.

Rompió el pliego que le acababan de llevar, y comenzó á leer.

—¡Diablo! dijo despues que hubo leído. El rey de Granada viene hácia aqui con un numeroso ejército: están á seis leguas de distancia.

—¡Caramba! exclamó el mayordomo levantándose de su asiento.

—Pronto, pronto, que salgan mensajeros para Baeza, Úbeda y Cazorla, con órden de que apresten las fuerzas que puedan facilitar, á fin de que hoy mismo vengan á Jaen. Que toquen á rebato las campanas de las iglesias, y se reuna el pueblo en masa para hacer una salida, ayudado de los refuerzos de los pueblos comarcanos. ¡Vivo, don Iñigo, vivo! disponed se cumplan mis disposiciones.

En la tarde de aquel dia una hueste numerosa, á cuya cabeza iba don Gonzalo, quien á pesar de su avanzada edad trocara sus há-

bitos religiosos por una armadura bien templada, salió de Jaen para hacer frente á los moros. Esta salida asombró extraordinariamente á los infieles, y sobre todo á Reduan que creía tomar á Jaen por sorpresa, y lleno de rabia no pudo menos de exclamar:

—¡Nos han vendido!

Esta voz, que cual plomo mortifero atravesara de unos en otros los corazones de la morisma, infundió el desaliento y el temor. No obstante, empeñóse una lucha encarnizada y cruel. Reduan hizo prodigios; Ismail no se quedó atrás; los demas caudillos secundaron estos esfuerzos, mas en vano. Eran los cristianos muy fuertes y en mayor número; el estandarte agareno se rindió al de la cruz: los moros huyeron derrotados, pero llevando algunos cristianos, que el heróico arrojó de Reduan habia hecho prisioneros.

La tropa, que tan alegre y brillante salió de Granada, entró mustia y silenciosa como fúnebre comitiva.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

TRES días eran pasados de estos sucesos. Estando la mañana del cuarto el rey Ismail en su palacio real de la Alhambra, rodeado de toda su corte, lamentaba con su favorito Abibdar el fatal resultado de la expedición de Jaen. Triste y cabizbajo se hallaba el infeliz Reduan, viendo desvanecidas sus lisonjeras esperanzas. Asomado á un ajimez, paseaba su distraída vista por los frondosos cármenes del Dauro, sumido en sus reflexiones.

— Es cierto, se decía interiormente, es cierto que Jarifa me ama, como anoche me

lo juró, aun despues de haber faltado á mi palabra, despues de haber dejado de ser caballero.... ¡Oh! ¡maldicion sobre mí! Pero acaso ¿es eso bastante á calmar mi sufrimiento? ¿La he devuelto su libertad como anhelaba? ¿No se encuentra sometida á la voluntad de quien la manda? ¿Qué he hecho pues? ¡Miserable! agravar su situacion.... la mia.... y.... ¡Oh Alá, Alá! ¡cuánto sufro! Y el desgraciado se oprimia con ambas manos las sienas, que abrasaban cual candente metal.

Entre tanto el rey tambien se quejaba de su suerte.

—Ya lo has visto, decia á Abibdar: no puede haber monarca en quien el destino se encarnice con tanta ansia como en mí. El medio que nos presentó Reduan para la construccion de la cerca, ha desaparecido como la pavesa en el huracan; y hénos aqui en el mismo estado que antes, con una derrota mas y muchos soldados menos.

—En verdad ¡oh rey! que no parece sino que el genio del mal se ha conjurado contra nosotros.

—Esa cerca, esa maldita pesadilla que me persigue sin cesar, que nada es suficiente á distraerla y que no la puedo desechar ¿cuándo la veré desvanecida?

Apenas habia acabado Ismail de hacer esta exclamacion, cuando un musulman se llegó hasta él, y haciendo una respetuosa re-

verencia le entregó un pergamino enrollado.

—¡Mi rey y señor! es un cristiano de Jaen que han dejado subir á este sitio, y que espera tu resolucion.

Desenrolló el rey el pergamino, y lo pasó despues á su favorito.

—Lee, Abibdar, y esplicame qué hay de esto. ¿Dónde están los cristianos cogidos en la batalla de Jaen?

Sorprendido pareció Abibdar con lá lectura de aquel escrito, que devolvió á su soberano diciendo:

—¿Será posible que entre esos cristianos...?

—¿Dónde están?

—Reduan los tiene á su cargo, pues á él le pertenecen.

—Hazle comparecer.

Abibdar distrajo las tétricas reflexiones del moro, comunicándole este mandato.

—Acércate, Reduan; le dijo el rey viéndole llegar. Hace dias que ofrecí concederte la gracia que me pidieras, si me facilitabas el medio de hacer una cerca á Granada. Ese medio está en tu mano, dámelo y pídemelo lo que quieras.

Atónito quedóse el moro. Miraba con desencajados ojos al monarca dudando de lo que oia, y no sabiendo si atribuir á mofa las palabras de su soberano.

Conoció éste su embarazo y no quiso prolongar la admiracion de su súbdito.

—Ven acá, le dijo sonriendo, antes de usar de esa prerogativa facilítame ahora mismo el recurso.

—Pero, señor.....

—¿No te pertenecen los prisioneros de Jaen?

—¿Tuyos son todos, y hasta yo mismo si ese es.....

—¡Eh! no soy tan ambicioso, me basta con uno, ¿quieres entregármelo?

—Dime cuál y.....

—Don Gonzalo de Stúñiga, obispo de Jaen.

—¿Será posible! ese cristiano.....

—Es uno de los prisioneros; vestia de soldado y tuvo la desgracia (por nuestra fortuna) de caer en tus manos. Eso me dicen en este pliego los cristianos de Jaen, y me suplican ponga precio á su rescate. Ya ves que una ocasion mejor para nuestro propósito de la cerca no podia presentarse.

Pidió Ismail una pluma y puso al pié del escrito:

«Se pondrá en plena libertad al obispo don Gonzalo de Stúñiga, si se obligan los cristianos de Jaen á concluir el lienzo de muralla que circunda á toda Granada; entendiéndose, que solo se cumplirá aquello, cuando esté terminada la obra de un todo.—Ismail, rey de Granada.»

Ahora, dijo dirigiéndose á Reduan, te toca á tí hablar, ¿qué deseas?

Embriagado de placer y loco de júbilo

por aquella transición tan repentina, que al par que su honor le devolvía, poníalo en posición de quebrantar la esclavitud de su amada, Reduan se precipitó á los piés del rey.

—Rey piadoso: nunca usara de la gracia que tu munificencia me concede, si lo que hubiere de pedir fuera para mí: mas, señor, adoro á una mora, á una hija de reyes, que los azares de la fortuna han venido á apriionarla con pesados eslabones, é imploro su libertad. Dásela á Jarifa, á la esclava de vuestra esposa, y es el mayor bien que puedes hacer á tu humilde súbdito.

—Levanta, Reduan, contestó Ismail: tuya es Jarifa; tuya su libertad: ¿estás contento?

—Bendígate Alá, señor.

Dois dias despues, libre Jarifa de los hierros de la esclavitud, era mujer de Reduan.

El rey Ismail vió tambien su deseo cumplido. El rescate del obispo de Jaen, que no quiso en un principio revelar su clase por parecerle mas fácil su libertad creyéndolo simple soldado, le valió su cerca tan apetecida. En el cerro donde existe la ermita de San Miguel, antes torreón morisco llamado del *Aceituno*, se ven aun algunos vestigios de ella; la cual empezaba en la Puerta de Elvira, seguía por detrás del convento de la Merced (hoy cuartel de infantería) con dirección al de San Diego, *Puerta de Fajalauza*, cerro de San Miguel, hasta la dicha torre del *Aceituno*, y bajaba al camino

del Sacromonte, enlazándose con parte de la cerca anterior en el *Barrio del Hajariz*, hácia la *Cuesta del Chapiz*.

El viajero que visita á San Miguel está muy lejos de creer que aquellos carcomidos é informes murallones que se presentan á su vista, traen su origen de tan curioso acontecimiento.



P.C. Monumentos de la Alhambra y Generalife
CONSEJO DE CULTURA



La Torre de los Siete Suelos.



JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA



P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

CORRIAN los años de 15....¹ Don Mendo de Alcaraz, alcaide en este tiempo de la fortaleza de la Alhambra, estaba casado con doña Mencía de Sanabria, de cuyo matrimonio tenía siete hijos, el mayor de ocho años. Felices vivían, al parecer, sin que ninguna amargura turbara el reposo de su existencia; empero bien distantes estaban de creer los que aquello suponían, el verdadero estado de su

¹ Esta tradición está sacada de los papeles de una antigua casa de..... donde se conserva la historia de la causa seguida por los tribunales.

situacion. don Mendo de Alcaraz, era de un genio tan vivo y soberbio, que algunas veces degeneraba su rabia en locura, siendo de temer en tales momentos cualquier violento exceso. Era ademas de un carácter débil, inclinado á pensar mal de todo el mundo, y á dar incremento á chismes y sospechas, que á fuerza de reflexionar en ellas las creia realidades, figurándose la cosa mas natural del mundo lo que jamás pudiera suceder por la inverosimilitud de que se hallara revestida.

Nueve años llevaba de union con doña Mencía, y en todo este tiempo, ni la mas leve queja habia salido de los labios de su esposa, á pesar de las continuas reyertas y malos tratos que le proporcionaba el endiablado genio de don Mendo. Ligada á éste por razon de intereses, y sin profesarle el amor mas mínimo, llevaba una vida de mártir, sin tener otros placeres que el cuidado de sus hijos, cuya inocente sonrisa y halago recompensaban en algun tanto sus pesados sufrimientos.

Vino por entonces á Granada un antiguo conocido de don Mendo, quien á instancias de éste se habia alojado en su casa. Don Hiscio Riaño, que asi se llamaba el amigo, era un viejo de una libertina conducta, gastado por sus desastrosas costumbres y asaz mal intencionado. Vió á doña Mencía que apenas contaba veinte y siete años, prendáronle sus hechizos, y resolvió añadir una nueva conquista

al catálogo de las suyas, creyendo encontrar en esta mujer la fragilidad que en las demas que tratara.

Vanos fueron sus intentos. Rechazado por doña Mencia con un teson digno de elogio, era por la primera vez burlado en sus esperanzas, y por la vez primera despreciado de una mujer.

De este contratiempo nació en su corazon dañino y cruel, una horrible idea, que fijándose cada dia mas, concluyó por determinarse á ponerla en práctica. Aborreció entrañablemente á doña Mencia, y quiso vengarse. Su larga amistad con don Mendo le habia hecho conocer lo débil é irascible de su genio, y pensaba aprovecharse de esta circunstancia para el logro de su proyecto. Tal era el estado de las cosas cuando empezamos esta tradicion.





JUNTA DE ANDALUCÍA

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERÍA DE CULTURA

EN una sala amueblada con elegancia y lujo de la casa del alcaide en la Alhambra, estaban fumando despues de comer don Hiscio y don Mendo, sentados en muelles sillones de pluma. Un balcon abierto en el testero del Mediodia, dejaba ver las frondosas copas de algunos árboles que se levantaban hasta allí, y el hermoso azul del cielo, sembrado de algunas blancas nubecillas. Al lado del balcon estaba doña Mencia durmiendo en sus brazos al hijo menor, y rodeada de los seis restantes que se entretenian en inocentes juegos.

—¡Magnífica tarde para pasear! dijo Don Mendo despues de haber tirado su cigarro: ¿qué te parece Hiscio?

—Mejor fuera cazar, contestó éste mirando al soslayo á Doña Mencia, y sobre todo para el ojeo del ciervo.

—Ganas tengo de proyectar una salida, respondió el alcaide; y antes de que te marches, hemos de hacer con el correspondiente tren de caza, una batida en los montes comarcanos.

—Siento que no me sea posible, Mendo.

—¿Cómo es eso?

—Asuntos de importancia me llaman á Madrid, y mañana parto; pero antes quiero, siguiendo la idea que has propuesto, dar un paseo por esas alamedas, pues la tarde no puede ser mas deliciosa.

Esto diciendo, levantose Don Hiscio y se aproximó al balcon.

—Por última vez, señora, ya habeis oido, mañana parto..... responded..... dijo entonces bajo á Doña Mencia, pero mirando á otra parte.

—Nunca, caballero, nunca, respondió con noble entereza.

—¡Miradlo bien!

Una mirada de desprecio fué la contestacion de Doña Mencia.

—Basta, señora, bien, continuó don Hiscio con amenazadora voz: y luego volviéndose hácia don Mendo que se aproximaba á este

tiempo al balcon, dijo señalándole á su esposa:

—No quiere acompañarnos por mas que se lo he rogado: pensaba disfrutar esta tarde, que es la última que me hallo en Granada, de vuestra grata compañía, pero ¡habré de tener paciencia!

—¡Bah! no le hagas caso, amigo: tiene la falta de ser caprichosa como todas las de su sexo, contestó el de Alcaraz que, siendo un poco celoso, se alegraba en su interior de que no les acompañase su esposa.

Saludó cortesmente don Hiscio á doña Mencia, y salió de la casa acompañado de su amigo. Pocos pasos habian dado, cuando encontraron á un chicuelo de algunos ocho ó nueve años, sucio y andrajoso, que se les acercó á pedirles una limosna.

Paróse don Hiscio y alargó una moneda al muchacho, haciéndole una inteligente señal que no percibió don Mendo. Deshízose el mendigo en gracias, y los amigos continuaron su paseo.

Vivo como el rayo marchó el muchacho hácia la casa del alcaide, dijo algunas palabras al oido de una mujer que estaba parada á su frente, y llamó despues á la puerta. La mujer habia desaparecido de aquel sitio.

—¿Qué quieres, avestruz? exclamó abriendo un sirviente, al ver el asqueroso aspecto del que llamaba.

—Buen caballero, contestó llorando, quisiera ver á la señora.

—¿Y qué tienes tú que ver con la señora? ¿he?

—¡Señor! hacedlo por el amor de Dios, que ya os recompensará este beneficio.

—Si es una limosna la que quieres, toma y vete, dijo el criado poniéndole en la mano algunos maravedises.

—¡Dios os lo pague! contestó guardándose el dinero, pero es preciso que yo vea á la señora, hacedlo señor caballero; mirad que es una obra de caridad que no os pesará en el otro mundo.

Tanto instó, que fué al fin el criado á pedir permiso á doña Mencia, y obtenido á poco trabajo de su benéfico character, introdujeron en el salon al mendigo, quien al verla corrió hácia ella, y arrojándose á sus piés, dijo con una voz plañidera y ahogada por el llanto:

—¡Señora, favorecedme por Dios! ¡Tengo un padre anciano casi moribundo por la necesidad, y cinco hermanos pequeños estenuados por el hambre! ¡Tres dias hace que no hemos sido socorridos, y tres dias que no ha entrado en mi cueva miserable, ni un pedazo de pan! ¡Amparadnos, señora, por la Virgen! ¡Tened compasion de nosotros; no creais que os engaño; venid conmigo y os convencereis del horrible estado de nuestra situacion! Y al decir esto el muchacho con un acento que traspasaba el alma de la mujer del alcaide, regaba el pavimento con sus lágrimas.